

LA TRISTEZA SENSUAL

MAUPASSANT

En Tourville-sur Arques, y en el parque del castillo de Miromesnil, donde él nació, acaba de erigírsele una estatua a Guy de Maupassant.

Maupassant, ¿fue realmente un gran novelador? León Daudet asegura que no. Aunque esto parezca extraño a los lectores cultos del extranjero, son muchos los que, en Francia, participan de la misma opinión. Claro que pocos la proclaman con ese desenfado que caracteriza al hijo de Alfonso Daudet, pero no hay duda de que entre la grey literaria de su propia patria, Maupassant no goza del enorme crédito que tiene en ciertos países, crédito justificado y probablemente, por grande que sea, inferior al valor efectivo del novelista de “La vida errante”.

Y es que en Francia los valores literarios y artísticos se revisan cada lustro. ¡Qué digo cada lustro! Cada año renace una gloria, o se hunde en el desprestigio alguna reputación que parecía asentada sobre rocas y mármoles, como hecha para desafiar los siglos. El que ayer era un papanatas hoy es un genio, y viceversa. Dijérase que el llamado templo de la fama es pequeño para dar cabida a todos los candidatos, y que es preciso sacrificar a los que ya estaban cómodamente instalados en él para que se sienten los que vienen detrás. Se aparenta desdeñar un nombre o se trama contra él, sabiamente, la conjura del silencio, y de ese modo se destaca mejor el de otro aspirante a la inmortalidad. Mañana se empleará igual procedimiento contra el endiosado de hoy. Esto se explica, como digo, por la tendencia a la revisión, al análisis, del francés, que se cansa pronto de sentir admiraciones excesivas y por lo mismo busca máculas a aquello que antes ponderó, para saborear el placer sacrílego – placer intelectual – de derribar ídolos.

Pero además es algo inherente a la naturaleza humana: son contadas las personas, incluso aquellas que tienen actividades espirituales, capaces de cultivar al unísono varias devociones literarias o artísticas – Maupassant es un genio –se dicen algunos. Mas para gustar plenamente esta admiración necesitan añadir:

–Victor Hugo, en cambio, era un cretino.

Si tropezamos con un apasionado de Hugo y le hablamos de Maupassant, nos dirá al instante:

–¡Quite usted, hombre! El genio más grande que ha tenido la humanidad ha sido Víctor Hugo. A su lado Lamartine era un pigmeo. ¿Maupassant? Un libertino que escribió cuentecitos obscenos para goce y disfrute de porteras.

Este aspecto libertino, pícaro, sicalíptico si se quiere, que los insubstanciales creen ver en los cuentos cortos y en las novelas de Guy de Maupassant, también ha contribuido, y en no pequeña escala, a que el creador de “Boule de Suife” no sea, como su maestro e iniciador

Flaubert, como Balzac, como Stendhal, considerado como uno de los grandes autores de la segunda mitad del siglo XIX francés. Pues en lo que atañe a la moral, a la licencia artística, la masa en Francia es a veces de un criterio tan vulgar y estrecho como el vulgo de otros países, sin contar con que, por lo mismo que la literatura apasiona a todo el mundo, hay casos en que se cometen verdaderas monstruosidades, especialmente cuando las cuestiones de literatura se llevan a los tribunales e intervienen las gentes de espíritu conservador y fosilizado—los filisteos, que decía Heine. ¿No se vio esto claramente cuando el proceso que se le hizo a Baudelaire por la publicación de “Las Flores del Mal”, en que un jurado compuesto de hombres honestos decretó la no inserción de seis de las mejores composiciones del célebre libro? ¿Y no vimos todos el escándalo de hace dos o tres años con motivo de “La Garçonne” de Paul Margueritte? “La Garzona” es una novela mediocre, de mal gusto, sin ninguna trascendencia en ningún sentido. Pero ¿a santo de qué acusarla de inmoral si a nadie enseñaba ningún vicio inédito, si ni siquiera aportaba al mundo, como acaso Baudelaire con “Lesbos” o con “El Leteo”, un nuevo espasmo, y si tampoco, a causa de ella, nadie habría de ser en su vida privada ni más casto ni más impúdico?...

Por lo que respecta a Maupassant, su reputación de autor perverso no ha impedido que sus libros se vendan, sino todo lo contrario. Sin embargo, la fama de licencioso, de corruptor, no suministra ninguna ventaja, literariamente hablando. Quiero decir que no aporta ventajas de gloria durable. (¡Porque las otras!...) Nadie, salvo, naturalmente, los profesionales de las letras, cree, por ejemplo, que deba tomarse en serio a Oscar Wilde, pues era un invertido, o a Rubén Darío, pues era un borracho. Como es muy difícil hacerle ver a quien no lea más que literatura familiar, que Rabelais era un espíritu superior a pesar de las groserías que hay en su obra, y lo mismo podría decirse de Quevedo y de Boccaccio, y de Brantome y de infinidad de escritores de todas las épocas. Lo peor es que llegue a catalogarse a un artista, que el público se acostumbre a ver en él una sola faceta, un solo “modo” de su personalidad.

A Maupassant lo que tal vez más le perjudica en su gloria póstuma es haber vivido y escrito en pleno apogeo del naturalismo. Discípulo, el discípulo preferido, de Flaubert, Maupassant fue más bien, si la cosa se examina con detenimiento, realista y no naturalista— hay una sutil diferencia entre los dos términos; no obstante aparece hoy como uno de los grandes pilares de la obra de Zola. Y como la actual generación literaria francesa no experimenta ninguna simpatía por los naturalistas, particularmente por Zola y el pequeño grupo que se hizo célebre con las “Soirées de Médan”, Maupassant recibe también la parte de desdén que le corresponde. Pero cuando el naturalismo esté un poco más distante, probablemente Zola, que fue un animador, un estupendo creador de multitudes, conquistará lectores tan vehementes como los que tuvo en vida. En lo que no cabe ninguna duda es en lo que concierne a Maupassant, cuya figura ha de agigantarse a medida que pase el tiempo. El homenaje de ahora puede ser el comienzo de una gran apoteosis universal. ¿Nos sorprendería esto después de habernos demostrado Lennine que era fácil leer a Maupassant aun en medio de las más apremiantes preocupaciones de orden

político? Fue un admirable colorista el autor de “La Venus Rústica”, un artista exquisito, un verdadero maestro de la frase perfecta y sintética, de la emoción contenida. ¿Cuál, de todos los autores imaginativos del siglo anterior nos ha sabido comunicar vibraciones más profundas, más humanas? Otros acaso le ganen en sutileza psicológica, como Stendhal (¡y aún!), en amplitud y grandeza de visión, como Balzac, en corrección sintáctica, como Flaubert, pero ninguno le supero en don emotivo, en vigor plástico, en dolor sensual.

Y no he escrito lo de sensual al azar, sino porque este aspecto de la sensualidad de Maupassant es quizás lo que más contribuye a hacer de él un autor triste, irremisiblemente triste, y en ocasiones desconcertante. ¿Recordáis aquella historia del amante que mata por celos al caballo de su querida? “Il est sensuel avec complaisance – dice un crítico –; il l’*es* avec fièvre et emportement”. Él estaba – añade – como habitado por ciertas imágenes, por el recuerdo de ciertas sensaciones. No es otra la razón esencial de la tristeza de Maupassant y del desolador pesimismo que hay en muchas de sus páginas. Quien dice sensualidad, dice dolor. Y aunque en las criaturas groseras ella se exteriorice también groseramente, en los seres de excepción parece como que los afina y embellece. La sensualidad, decía profundamente el llorado Pierre Louys en el célebre prefacio de “Afrodita”, “es la condición misteriosa, pero necesaria y creadora, del desenvolvimiento intelectual”.

Lo sensual, al revés de lo pornográfico, de lo picaresco, no es nunca frívolo. Lo picaresco consiste, probablemente, ha escrito poco más o menos Jules Lemaitre, en “faire l’esprit” con ciertos temas: es un juego de colegial o de viejo vicioso; implica en el fondo algo de prohibido, y, por consiguiente, la idea de una regla y de ahí su picante sabor. La sensualidad ignora esta regla, o la olvida. Ella goza francamente, totalmente, embriagándose de las cosas. Exalta el sentimiento de lo irreparable, de lo fugitivo; espolea la imaginación, acucia la inteligencia... y poco a poco la sensación ínfima se dilata en ensueño panteísta o se esfuma en supremo desencanto.

Y eso fue, en verdad, el pobre Maupassant, un supremo desencantado, un melancólico, porque la sensualidad lo atormentaba. Bien está la estatua que embellece el jardín del castillo de Miromesnil. Queremos ver en ella, más que una figura de piedra que habrá de perdurar a través del tiempo, algo de superior que, simbólicamente, se asienta sobre lo más sutil, pero fuerte y eterno más que el mármol, de cuanto hay en la obra del gran escritor y en toda obra de arte: sobre las emociones y vibraciones y sensaciones angustiosas que transmitió al alma de los lectores, arrancadas febrilmente a su alma inconforme de triste y de sensual...

J. de la Luz León.

Alfar. Año VI. Diciembre 1925-Enero 1926. nº 55. La Coruña.

Digitalizado por José M. Ramos para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>